

Las ciencias sociales y Latinoamérica, entre el diagnóstico de la crisis y la necesidad de la crítica

RESUMEN

El presente trabajo se enfoca, a nivel teórico, en la relación entre las distintas dimensiones del capitalismo y su estudio por parte de las ciencias sociales. A su vez, a nivel epistemológico, analizará la relación entre el diagnóstico de una época en términos de crisis y la consecuente necesidad de la crítica. Finalmente, a nivel metodológico, el presente trabajo realizará una indagación conceptual de las diferentes propuestas que diversos autores globales y especialmente latinoamericanos han realizado de alternativas al modo de producción vigente.

PALABRAS CLAVE: ciencias sociales, crítica, crisis

ABSTRACT

The present paper focuses, on a theoretical level, on the relationship between the different dimensions of capitalism and its study by the social sciences. Similarly, on an epistemological level, it analyzes the relationship between the diagnose of a given time in terms of crisis and the consequent need for critique. Finally, on a methodological level, the present paper will conceptually address the different proposals that diverse global and specifically Latin-American authors have made of alternatives to the hegemonic mode of production.

KEYWORDS: Social Sciences, critique, crisis

Fecha de recepción: 11 de abril de 2016

Fecha de aceptación: 04 de julio de 2016

Las ciencias sociales y Latinoamérica, entre el diagnóstico de la crisis y la necesidad de la crítica

Eugenia Fraga *

El presente trabajo gira en torno al estudio del capitalismo como modo de producción, pero también como forma total de vida (Bellamy Foster, 2000), dentro de la cual nos resulta de central relevancia la relación entre el hombre y la llamada naturaleza (Soper, 1995). Para analizar dicho vínculo y sus mediaciones sociales, nos remitiremos aquí al estudio de la relación entre el diagnóstico de un momento histórico en términos de crisis, y la consecuente necesidad de realizar una crítica sobre el mismo. En particular, nos interesa ver de qué modo, todo a lo largo del capitalismo, han sobrevenido crisis cíclicas del sistema mundial (Amin, 2009), que siempre han suscitado, en ciertos sectores tanto de la intelectualidad en particular como de la población en general, reflexiones y prácticas críticas respecto a posibles alternativas al modo de producción vigente. En especial porque, contemporáneamente, múltiples autores concuerdan en señalar a la crisis actual como no ya meramente económica, sino multidimensional, es decir, como transversal a la totalidad de los aspectos de la vida humana, y en definitiva, como una crisis civilizatoria (Löwy, 2011), dentro de lo cual se incluye la crisis medioambiental (Altvater, 2002). En este contexto, nos interesa rastrear cuáles son las teorizaciones de carácter crítico que emergen como salida a la misma, a partir de la recuperación de propuestas conceptuales previas, muchas de las cuales retoman el aprendizaje que ofrecen ciertas experiencias concretas de resistencia popular, sobre todo aquellas provenientes de la región latinoamericana.

Teniendo en cuenta que existen tres tipos de "materiales" que un trabajo como el presente podría tomar como objeto, aquí sólo se trabajará con uno de ellos. Así, no realizaremos trabajo de campo propiamente dicho, pues no analizaremos prácticas concretas de resistencia anticapitalista -estudios de caso, historias de vida, observaciones participantes, entrevistas y encuestas- ni tampoco, dentro del trabajo teórico-conceptual, analizaremos documentos históricos sobre esas prácticas -trabajo de archivo, análisis discursivo, análisis documental, análisis de contenido-, como lo realizan otros colegas de nuestro campo (Aguilar et. al., 2015). Antes bien, nos abocaremos en este caso al rastreo de diagnósticos conceptuales de la modernidad capitalista y de su más reciente crisis, así como de propuestas teóricas críticas de alternativas, y de reflexiones sobre su polémica viabilidad. Para ello, nos centraremos en el análisis de algunos libros fundamentales sobre el asunto, como los de David Harvey, Boaventura de Sousa Santos y Erik Olin Wright, y, dentro de la producción latinoamericana, de algunos libros contemporáneos como los de Atilio Borón, Julio Gambina y Enrique Elorza. Como puede verse, este trabajo adopta una perspectiva interdisciplinar dentro del amplio espectro de las ciencias sociales, combinando estudios económicos, sociológicos, historiográficos y políticos, perspectiva que consideramos especialmente fundada dado el objetivo propuesto de analizar una crisis multidimensional como la actual. Además, dado que se trata de un trabajo teórico a la vez que prospectivo, y no empírico, los alcances reales de las afirmaciones y propuestas realizadas deberán aún ser puestos a prueba por la historia misma.

* Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani.
euge.fraga@hotmail.com.

Nos hemos referido a una perspectiva interdisciplinar, a la cual es necesario distinguir de una perspectiva transdisciplinar. Mientras la primera refiere a la combinación productiva de los aportes de distintas disciplinas científicas, en este caso específicamente sociales, la segunda refiere en cambio al borramiento de las fronteras entre ciencias y sociedad civil / mercado, cuya consecuencia es que ésta última esfera es la que dicta las demandas a la producción académica e intelectual. Mientras que adscribimos a la interdisciplinariedad, la transdisciplinariedad nos parece altamente problemática. Lo cual no implica, como se podrá apreciar a lo largo del presente trabajo, que el mismo no se encuentre abierto a preocupaciones e intereses de tipo extra-académico o extra-intelectual, como por ejemplo, a preocupaciones e intereses de tipo político. Para poner de relieve la interdisciplinariedad y sus derivas políticas -entendidas éstas en sentido amplio-, dividiremos el trabajo en dos secciones principales, una enfocada en diagnosticar dicha crisis y otra enfocada en realizar una crítica sistemática de la misma. Finalmente, esbozaremos unas conclusiones que, dado el carácter del objeto que tenemos entre manos, quedarán inevitablemente abiertas. Cabe aclarar que, salvo explicitación en contrario, las voces de los autores con los que trabajaremos son voces con las que acordamos y de las cuales, por ello, buscamos aquí hacernos eco.

El diagnóstico de la crisis

En *El enigma del capital*, David Harvey define a las crisis como bloqueamientos al flujo del capital. Entender la lógica de ese flujo es entonces una tarea crucial para la comprensión del mundo capitalista en el que vivimos. Una comprensión así es una comprensión crítica, porque permite entender al sistema como un todo y actuar en consecuencia. Sin embargo, las ciencias sociales, y la economía entre ellas, ha dejado de lado la búsqueda de tal comprensión crítica, limitándose a elaborar modelos matemáticos fragmentarios y evitando una concepción sistémica (Harvey, 2010: 5). Las crisis siempre conllevan la necesidad de "hacer algo" -es decir, algo diferente o novedoso respecto de lo que se venía haciendo- frente a su advenimiento; pero qué se haga en cada caso dependerá de la comprensión que se tenga de cada crisis determinada. A su vez, cada respuesta a la crisis define el futuro de la evolución -o no- del capitalismo. Históricamente, la concepción hegemónica de la comprensión fragmentaria y limitada de las crisis llevó a poner en práctica "soluciones" parciales que, evidentemente, no fueron soluciones reales, en tanto el capitalismo siguió su marcha generando crisis cada vez más profundas. Una comprensión abarcativa y crítica, en cambio, permitiría, según el autor, postular incluso la salida misma del capitalismo, sobre todo cuando la crisis actual presenta proporciones más exageradas que nunca (p. 15).

Las crisis son definidas en segundo lugar como momentos de reconfiguración general de la sociedad, pues obligan a llevar adelante nuevos modelos de desarrollo, esferas de inversión y formas de poder de clase (Harvey, 2010: 36). Esto tiene que ver con lo que ya Karl Marx (2000) había señalado como el conjunto de las tendencias "creativas-destructivas" propias del capitalismo, es decir, con aquellas tendencias que llevan al sistema a necesitar destruir cosas -mercancías, lógicas, pero también personas- para poder seguir auto-creándose -es decir, reproduciéndose- (Harvey, 2010: 46). Ahora bien, cuáles sean esas configuraciones, esos modelos, esas esferas o esos poderes dependerá de la forma en que entendamos cada crisis. Pero las formas de entender las crisis no son arbitrarias sino que dependen de las relaciones de fuerza entre los grupos sociales en un momento dado, pues es esa relación de fuerzas la que permite imponer, reproducir o modificar las concepciones del mundo en general y de la economía en particular que regirán nuestra comprensión del fenómeno. Que

actualmente podamos salir de la crisis inédita en que nos encontramos depende entonces de que la mayoría de la población se alce -nos alcemos- en contra del sistema y abogue -abogemos- por su cambio (Harvey, 2010: 16-17).

La crisis actual, emergida por primera vez en 2007 y que en 2015, ocho años después, sigue produciendo efectos devastadores, es un claro ejemplo de cómo las crisis surgen en un tiempo, en un lugar, dentro de una esfera específica de actividad, pero sin embargo se van trasladando a través del tiempo, del espacio y de las esferas, de manera altamente caótica, imprevisible y muy difícil de controlar. Esta trayectoria sinuosa del capital deja a las poblaciones inmovilizadas por la estupefacción, especialmente en los primeros momentos; pero a medida que ella se despliega, las protestas populares comienzan a escucharse por doquier. Pero para que las protestas trasciendan el momento expresivo y logren hacerse efectivas en términos de dárseles respuestas a sus demandas, es necesario entender por qué el capitalismo genera periódicamente crisis como ésta. El impedimento para esta comprensión es justamente la hegemonía de las teorías económicas llamadas ortodoxas -o también neoclásicas-, cuya ineficacia es patente desde hace décadas, y que, sin embargo, siguen moldeando el pensamiento y las acciones políticas de la gran mayoría de la población mundial. Como subraya Harvey (2010), sin desembarazarse de estas concepciones, no hay alternativas reales al capitalismo (p. 39).

El hecho de que la concepción crítica del sistema capitalista sea minoritaria -o subalterna- se relaciona estrechamente con el hecho de que en la actualidad las relaciones de fuerza entre trabajo y capital se inclinan a favor de éste último, es decir, con el hecho de la -aunque parcial y temporaria, y geográficamente desigual, de todos modos clara- derrota de los movimientos de trabajadores, en toda su variedad, a nivel global (p. 62). Así, en lo que va desde la irrupción de la actual crisis, ésta ha conducido en general a promover un recrudescimiento del neoliberalismo -oleadas de reducciones, de recortes y de ajustes-, más que una salida al mismo (p. 95). Aunque han surgido voces disidentes y propuestas alternativas, éstas han sido aplastadas bajo el peso de las concepciones hegemónicas. Y entonces, a pesar de la situación de crisis, el capital sigue circulando y el sistema sigue funcionando, aunque con pérdidas de todo tipo, porque lo que se ha mantenido intacto, en términos generales, ha sido según Harvey la fe en ese sistema capitalista. Sólo la pérdida de confianza en él, a nivel mayoritario, transformará las expectativas de la población y ampliará el campo de "lo posible" (p. 99).

Pero además de esta clásica contradicción fundamental del modo de producción vigente entre capital y trabajo, pensadores como James O'Connor (2001) están hablando de la relación entre hombre y "naturaleza" como la segunda gran contradicción del capitalismo. Si bien trataremos esta problemática más adelante, por ahora basta confirmar que, ciertamente, la cuestión acarrea creciente preocupación y atención política. De hecho, en opinión de Harvey, ella está acarreado "demasiada" ansiedad y esfuerzos, que, aunque justificados, deberían canalizarse de manera prioritaria a la cuestión de la desigualdad laboral. Porque si bien resulta cada vez más patente la limitación del entorno natural como fuente sostenible de materias primas, como espacio para nuevos desarrollos, e incluso como vertedero de desperdicios, también esta problemática tendrá más o menos impacto según el grupo social -privilegiado o desfavorecido- al que cada quien pertenezca. Las consecuencias ecológicamente perversas de los cambios medioambientales producidos por el capitalismo tienen una intrínseca dimensión de clase, imposible de soslayar desde una mirada crítica (Harvey, 2010: 70-71).

Una mirada crítica acerca de las crisis no puede explicarlas de manera monocausal, sino que debe buscar explicaciones múltiples y entrelazadas. Dado que el flujo de capital se encuentra de manera recursiva con toda una serie de diferentes obstáculos y barreras a su libre circulación, el bloqueo o el freno de cualquiera de esos obstáculos y barreras, es decir, en uno o -generalmente- en más de uno de ellos generará una potencial crisis. Esos obstáculos y barreras pueden ser al nivel del capital inicial, de la materia prima, de los medios de producción, de la mano de obra, del proceso productivo o de la circulación mercantil. Y esta multiplicidad de niveles no sólo existe como potencial freno o bloqueo al flujo del capital, sino que una vez desatada una situación de crisis, ella se va desplazando de uno a otro (p. 101-102). Pero poder entender esta multicausalidad y multitrayectoria de las crisis requiere deshacerse de aquellas arraigadas creencias -religiosas, políticas, pero también científicas- que defienden a rajatabla las explicaciones monocausales, sean éstas cuales sean (p. 111).

Pero como habíamos adelantado, las crisis no sólo se desplazan entre esferas, sino también de un punto geográfico a otro. En un mundo globalizado y transnacionalizado, los acontecimientos ocurridos en un lugar condicionan los de todos los demás lugares. La reproducción del capitalismo, entonces, depende fuertemente de las formas del desarrollo geográfico desigual que sólo en apariencia resultan caóticas -más adelante hablaremos del imperialismo, la dependencia y el racismo- (p. 131). Dada la presente variabilidad de la economía global, la impredecibilidad y la incertidumbre cobran centralidad como elementos en los que se funda dicho sistema. La impredecibilidad y la incertidumbre serán perjuicios para algunos actores sociales -en general, los ya desfavorecidos-, pero también serán fuente de ventajas para otros. Así, en cada nueva crisis se abren posibilidades localizadas para incipientes inversionistas, nichos y hegemonías que desafían a los anteriores, reconfigurándose así el capitalismo. Pero también las posibilidades abiertas pueden llegar a ser aprovechadas por los movimientos radicales que desafían a los poderes desestabilizados y debilitados por la crisis. Porque aunque el capitalismo muestra capacidades sorprendentes y siempre innovadoras de supervivencia, ello no implica que vayan a hacerlo -y mucho menos, que deban hacerlo- eternamente. Las crisis entonces son entendidas por Harvey (2010) como momentos de posibilidades paradójales, de las que pueden surgir alternativas por dentro y también por fuera del capitalismo al que son inherentes (p. 180).

En efecto, para el autor nos encontramos, colectivamente, en condiciones de cambiar las leyes de la reproducción y de la acumulación del capital mediante la acción consciente, puesto que no parece haber ninguna solución capitalista eficaz a largo plazo frente a la crisis actual. En su opinión, urge "tomarse en serio" la idea de que podríamos efectivamente encontrarnos en un "punto de inflexión" en la historia del capitalismo, lo cual implica poder interrogarse acerca de la viabilidad futura de dicho sistema. Aunque por supuesto no puede tenerse plena seguridad al respecto, porque estamos refiriendo al plano abierto del porvenir, existen suficientes elementos que permiten pensar que nos hallamos no sólo en el medio de una conmoción sistémica, sino también en el posible comienzo de algo diferente. Esto último dependerá del grado en que llegue a ponerse en cuestión la legitimidad de las formas sociales actuales. Cuanto más se llegue a cuestionar lo vigente, más necesarias y viables parecerán las exigencias de construir formas sociales novedosas. Porque se irá tomando consciencia de que las "soluciones" provenientes del interior del sistema no son más que "tiritas" que intentan ir tapando sus propios daños, y de que lo realmente indispensable son reformas más radicales (p. 187-188).

Sólo así podrían resurgir los antiguos sueños de una alternativa a la irracionalidad

capitalista, alternativa que Harvey (2010) define como la movilización racional de las pasiones humanas en la búsqueda colectiva de una vida mejor para todos (p. 186). Sueños similares a este son los que promulgan las movilizaciones más o menos anticapitalistas que irrumpen sobre todo en las zonas marginales del desarrollo desigual del sistema del que ya hemos hablado. Es en esos márgenes en donde suelen abrirse espacios para formas diferentes de interacción social, de estilo de vida, de modos productivos y de concepciones mentales (p. 188). Pero estas movilizaciones, sus sujetos, sus prácticas y teorías alternativas no se encuentran, lamentablemente, entre los principales temas del debate público ni en ninguno de los grandes medios de comunicación (p. 181-182).

Se produce entonces un "doble bloqueo" de las salidas al capitalismo: la falta de visibilidad de estos movimientos impide que sus propuestas sean vistas como posibles por la generalidad de la población; y el hecho de que se mantengan como alternativas marginales y por ello inviables empuja a los grandes actores públicos y a los grandes medios a ocultar su existencia. Y esto cuando lo deseable sería justamente lo contrario, es decir, una situación de reforzamiento mutuo entre las prácticas minoritarias y el sentido común de las mayorías, un pasaje de un "círculo vicioso" a un "círculo virtuoso". Sólo así nos encontraríamos a la vera de una "revolución" que pueda ponerle fin a la acumulación sin fin de capital como motor principal de la historia humana. Pero ello requiere, como hemos venido viendo, una comprensión profunda de cómo se producen los cambios sociales (p. 189). Sólo así, lo que de otro modo parece un "paraíso lejano" puede convertirse en algo realizable. Pero ello requiere, como hemos visto, que las concepciones mentales que vislumbran dicho paraíso penetren en los dispositivos institucionales y administrativos de nuestras sociedades. Porque lo que requiere una "revolución" es, en primera instancia, penetrar en la estructura de conocimiento hegemónica. Aunque como explica Harvey (2010), las crisis tienen múltiples causas, la incapacidad para preverlas y afrontarlas se deben primordialmente a "fallos en la imaginación colectiva". Sólo elaborando una "autocrítica rigurosa" de nuestras estructuras de aprehensión del mundo podremos abrirnos a la transformación histórica (p. 195-196).

Esta "revolución del pensamiento" es fundamental porque, como afirma el autor, las ideas actúan como otra de las tantas fuerzas materiales de la historia. Por ello es tan necesaria una "crítica sistemática" del capitalismo y su tendencia a la crisis. Pero este trastocamiento de las concepciones arraigadas también debe darse en múltiples niveles y esferas: desde las universidades hasta los gobiernos, pasando por los medios de comunicación, las entidades estrictamente financieras y, a través de todos ellos, en el sentido común general de la población. Crisis multicausales y un flujo multiescalar como los del capitalismo requieren que las ideas alternativas germinen también en múltiples espacios: en los dispositivos institucionales, en las formas organizativas, en los sistemas de producción, en las relaciones sociales, en las relaciones con la naturaleza y en las mismas tecnologías (p. 197). Entender el mundo, pero también cambiar el mundo, requieren de estas ideas críticas. La represión de las corrientes de pensamiento radicales constituye lo que Harvey denomina "la traición de los intelectuales", es decir, la abolición de su papel en el mundo. Para evitar esta represión y promover el florecimiento de las ideas críticas, los mismos intelectuales -académicos, expertos, sobre todo de las ciencias sociales y humanas, lo cual incluye a la economía- deben estar -debemos estar- dispuestos a realizar, como primer paso hacia el cambio, su -nuestra- propia autocrítica (p. 198).

Ya Alberto Plá había trabajado en una tónica parecida. Desde una perspectiva marxista pero antidogmática, el historiador había señalado los momentos críticos del sistema capitalista

así como su tendencia globalizante, especialmente en *América Latina: mundialización y crisis* (2001), perspectiva que lo llevó a indagar en las posibilidades y limitaciones de modos de producción alternativos y sus formas locales, como las de los pueblos originarios del territorio que hoy es conocido como América Latina -sobre todo en *Modo de producción asiático y las formaciones económico-sociales inca y azteca* (1979)-. Todo esto, teñido por una doble preocupación: a nivel general, por una preocupación política de largo alcance respecto a la ilusión y la necesidad de un cambio social extensivo e intensivo en dirección al socialismo -tal como quedan expuestas principalmente en *Historia y socialismo* (1988)-; a nivel más específico, por una preocupación teórica, epistemológica y metodológica respecto a la importancia de la crítica y a la necesidad de una perspectiva integral sobre los fenómenos estudiados -tal como quedan evidenciadas en sus obras *Ideología y método en la historiografía argentina* (1972) y *La historia y su método* (1980)-.

En una línea similar, en el texto *La crisis capitalista contemporánea y el debate sobre las alternativas*, Julio Gambina (2013) retoma la cuestión de la incertidumbre y la anarquía como rasgos inherentes al capitalismo que explican su tendencia a las crisis. Las crisis, explica, a pesar su recurrencia, a veces son más visibles que otras, por ejemplo, por su carácter más o menos mundializado, por su mayor o menor durabilidad en el tiempo, pero también por la existencia o no de pequeños y grandes procesos de luchas explícitas contra el sistema. Así, para el caso de la crisis actual, entendemos que sus repercusiones y su significación histórica sean tan importantes porque ella es a la vez verdaderamente mundial, con efectos que desde el 2007 se siguen desplegando, y con fuerte presencia de resistencias populares. La combinación de todos estos factores da como resultado que la coyuntura presente pueda ser concebida como de "transformación emergente", es decir, que frente a ella quepa preguntarse si el capitalismo encontrará nuevos modos de reproducirse, o si por el contrario se abrirá un proceso de emancipación social, si el modo vigente de producción ha quedado obsoleto y precisa de un recambio (Gambina, 2013: 7-8).

La crisis actual, afirma Gambina, es una crisis global, sistémica, civilizatoria, integral, pues involucra no a uno sino a múltiples aspectos de la vida humana. Se trata de una crisis financiera, pero también de una crisis alimentaria, medioambiental, energética, y por todo ello, también de una crisis del orden social y político. Frente a ella, se abre entonces una discusión sobre el capitalismo, pero no entendido en términos únicamente económicos, sino en tanto modo de organización general de la vida social. Frente a una crisis de semejantes características, urge reflexionar no sólo sobre el plano productivo o mercantil, sino sobre cada una de las dimensiones de la sociedad contemporánea. Es que la crisis actual no puede ser explicada ya como mera cuestión de "ciclos económicos", porque ella ha puesto de relieve los "límites estructurales" de la acumulación en la que el sistema y todo su mecanismo de dominación se apoyan, lo cual señala la necesidad de estudiar las causas tanto como las potenciales consecuencias y salidas de la misma (p. 9).

Lo que la crisis abre es una "disputa por la hegemonía", es decir, una pugna entre formas de entender la situación particular y el mundo en general, formas que, a su vez, modelan distintas maneras de concebir lo que puede y debe hacerse. Esta disputa se da a dos niveles: al interior de un estado nacional, y en el sistema mundial de estados nacionales. Pero además, como sabemos, no es una disputa en condiciones de igualdad sino que se despliega en el marco de la existencia de grupos sociales y cosmovisiones dominadas y dominantes -o subalternas y hegemónicas-. La crisis, entonces, es definida por este autor también como una oportunidad con sentidos contradictorios. Ella es una chance para que los grupos dominantes

reafirmen su hegemonía, pero también para que los grupos dominados instauren condiciones novedosas. Ahora bien, aunque es evidente que los agentes del capital constituyen el sector dominante y los vendedores de su propia fuerza de trabajo constituyen el sector dominado, no es igual de evidente el lugar de los agentes estatales, porque su actuación a veces es ambigua. Pero no hay que dejarse engañar: los estados nacionales son, en última instancia, siempre funcionales al bando opresor, hecho que se pone en evidencia, justamente, en los momentos de crisis, en los que las deudas del capital terminan siendo socializadas entre la población (p. 10-11).

Queda entonces claro, a partir de las afirmaciones precedentes de Gambina, que las crisis económicas ponen siempre en juego una dimensión estrictamente política. Economía y política son en realidad esferas inescindibles, realidad que desmiente la creencia arraigada de que los procesos económicos y sus formas organizativas vigentes son naturales, necesarias, eternas: ellos son, en sentido estricto, productos históricos de decisiones humanas. Por ello es tan relevante considerar no sólo la actuación del capital y del estado, sino principalmente, en caso de que nuestro objetivo sea la transformación social, la actuación de los sectores subalternos. En crisis como la actual estos sectores se convierten en sujetos activos de la historia al organizarse políticamente, proponer iniciativas concretas, intentar modificar el rumbo de las cosas. Esta "ofensiva popular" por el "otro mundo posible" es el punto de partida, no sólo de la crítica del mundo vigente, sino también para la crítica de las experiencias alternativas del pasado, como la del llamado "socialismo real". Para nuestro autor, el objetivo debe ser, ineludiblemente, el de una sociedad sin explotación, puesto que sólo ella constituiría la verdadera antítesis del capitalismo en tanto sistema basado en el saqueo y la violencia (p. 12-14).

Esta doble crítica, de lo actual y de lo pasado, requiere estudiar de cerca la interacción entre la teoría y la práctica, entre las iniciativas de los grupos dominados y las reflexiones que ellas puedan suscitar. En definitiva, requiere de la elaboración conceptual como insumo indispensable para la acción política. Únicamente por medio de esta elaboración conceptual podremos evaluar en su justa medida las frecuentes políticas económicas "anticrisis", que a lo sumo constituyen soluciones parciales y temporales con grandes costos sociales. Sólo por intermedio de tal "pensamiento crítico" podremos comenzar a revolucionar las prácticas sociales (p. 14-15). Pero además, es la elaboración conceptual así entendida la que permite descubrir que la crisis no es un paréntesis inesperado y deformante del capitalismo, sino su forma misma de desarrollo: cada crisis es aprovechada por el sistema para volverse más profundo, más extensivo, en una palabra, más universal, y para, de esta manera, instalar de modo crecientemente naturalizado la "falacia del fin de la historia". Para subvertir esta falacia y potenciar la "fuerza subjetiva", teórica y práctica, de lucha contra el capitalismo, se requiere entonces de la concientización sobre esta realidad (p. 17; 19).

Las crisis son concebidas por Gambina como procesos con dos caras: una destructiva y una creativa. Ahora bien, dependerá de la existencia de un pensamiento crítico desafiante, el que lo que se destruya sea la explotación y lo que se creen sean alternativas, en vez de que lo que destruya sea valor social y lo que se cree sea más capital. De su existencia dependerá, en una palabra, que se trate de una crisis más "en" el capitalismo, o de una verdadera crisis "del" capitalismo (p. 22-24). Ya Marx (2000) había mostrado cómo esta forma de organización económica, desde sus mismos inicios -o "acumulación originaria"-, supuso métodos "extraeconómicos" -es decir, políticos- para imponerse sobre los demás. Esos métodos fueron y son variados pero tienen en común que siempre han sido violentos: expropiación, expulsión,

explotación de bienes y de personas. Frente a las crisis, dichos métodos se refuerzan, sea quien sea quien los promueva, por acción o por omisión: el propio capital, nacional o transnacional, los estados, o la inercia misma de la sociedad civil. Poner fin a la violencia inherente al capitalismo es la meta primera del pensamiento crítico (Gambina, 2013: 32-39).

Respecto de las alternativas frente a la crisis actual, es necesario hacer una serie de aclaraciones. En primer lugar, hay que estar atentos pues la alternativa más obvia, y de hecho ya en vigencia, es la ofensiva del capital y la intensificación de la violencia, específicamente bajo las formas del terrorismo de estado y del imperialismo por parte del país hegemónico. En segundo lugar, están apareciendo otro tipo de alternativas que giran en torno a una "ilusión neo-desarrollista" por parte de algunos países hoy periféricos, que consideran que frente a la crisis en el centro tienen la oportunidad de reemplazar a dichos estados insertándose en la "cumbre del poder" capitalista. Esta segunda alternativa podrá cambiar el escenario económico mundial -y aún así con límites por la realidad de la situación de dependencia-, pero lo que definitivamente no modifica es la lógica capitalista en sí misma, así como sus consecuencias más perversas (p. 100-101). En tercer lugar, irrumpen, ahora sí, las que Gambina considera las verdaderas alternativas en sentido fuerte, y que son aquellos procesos de masas que, especialmente en América Latina, y desde hace ya veinte años, vienen haciendo frente al neoliberalismo a partir de una incipiente pero prometedora "condensación de luchas" de los pueblos originarios y de los trabajadores organizados de distinto cuño. Sólo esta tercera alternativa frente a la crisis tiene la capacidad de generar una crítica teórica y práctica a la hegemonía capitalista y neoliberal (p. 104).

Dado el carácter global de la crisis actual, queda claro que su solución no puede ser focalizada; se requiere de una visión de conjunto, como aquella de la que hablamos más arriba, que deje de lado la fragmentación en el conocimiento de la realidad, que tan funcional resulta al modelo de acumulación (p. 105). Frente a la alianza de los capitalistas y los estados, que desde la acumulación originaria hasta el presente ha asegurado, de maneras a veces directas y a veces indirectas, la expansión internacional del modo de producción hegemónico, desde los pueblos se contesta con todo tipo de organizaciones populares, de distintas escalas, composiciones y en pos de distintos fines. Pero todas ellas coinciden en que no se trata -solamente- de protestar por reivindicaciones puntuales, sino de consensuar críticas al sistema capitalista como un todo en tanto responsable de los problemas sociales contemporáneos (p. 107; 114). Y no está de más aclarar nuevamente, junto al autor, que la formulación del objetivo "otro", también debe considerar críticamente los propios instrumentos e ideas gestados por esta novedosa práctica política transformadora (p. 117).

La necesidad de la crítica

De manera parecida, Atilio Borón (2012) reflexiona, en *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, sobre la íntima relación entre capitalismo e imperialismo, mostrando cómo la crisis actual pone en evidencia a la vez que profundiza su entrelazamiento y sus efectos, como, por ejemplo, el racismo. También para este autor se trata de una crisis del capitalismo en tanto sistema, que por ello requiere de una salida respecto del mismo, es decir, la instauración de una organización económica, política y social "poscapitalista". Y por ello es que, él también, afirmará la importancia de las propuestas del "socialismo del siglo veintiuno" como alternativas a la forma civilizatoria vigente. Porque la actual se trata de una civilización cuyo modelo de producción, circulación y consumo "desintegra sociedades, deslegitima democracias y destruye el medioambiente", es decir, en una palabra, genera daños irreparables

y contradicciones irresolubles en sus propios términos. Es en este sentido que se habla de crisis integral o multidimensional, pues esos daños y esas contradicciones han tenido, tienen y aparentemente seguirán teniendo una duración temporal y un alcance geográfico sin igual, en comparación con las que le precedieron (Borón, 2012: 38-39).

La crisis actual del capitalismo es terminal, porque se encuentra en una situación caótica, descontrolada, de "no retorno", porque las variables económicas -pero no sólo ellas- no están pudiendo ser encauzadas ni reequilibradas, sino que siguen fluctuando de maneras crecientemente "alocadas". La crisis actual del capitalismo es además por primera vez verdaderamente mundial, pues por primera vez afecta a la totalidad de las naciones, como producto de la globalización neoliberal y su influjo en cada rincón del planeta, del cual ya ninguna región está exenta. Frente a este hecho, el sistema ya no puede acudir a su clásica "receta" de revitalización mediante su expansión a regiones aún no cooptadas, simplemente porque ya virtualmente no las hay. Por todo esto, Borón sostiene que el capitalismo se acerca a su ocaso, aunque el derrumbe definitivo podría llevar aún varias décadas (p. 40-41). Sin embargo, y a pesar de este límite, el sistema capitalista-imperialista sigue desencadenando supuestas "soluciones" militares a sus propios problemas autoproducidos (p. 47).

Dijimos, con el autor, que la crisis era multidimensional: veamos entonces con detalle cada una de sus dimensiones. En primer lugar, se trata de una crisis energética, basada en el uso irracional y predatorio del combustible fósil como el petróleo, recurso finito y no renovable, que por ello requiere su urgente reemplazo por fuentes de energía alternativas. En segundo lugar, se trata de una crisis climática, producto de la irresponsable agresión a la naturaleza que coloca a la humanidad, periódicamente, frente a cataclismos fenomenales. En tercer lugar, se trata de una crisis alimentaria, especialmente en torno al agua, recurso al cual un cuarto de la población mundial ya no tiene acceso -y este porcentaje va en aumento-, gracias a la creciente privatización de lo que debería ser un bien colectivo. Y esto va en paralelo a la cada vez más fuerte reconversión de tierras aptas para la producción alimenticia en campos destinados a la producción de agrocombustibles (p. 41-43). Queda claro entonces que el modelo consumista que pregona el capitalismo se encuentra amenazado en múltiples frentes, bien por la conciencia que sobre la situación van adquiriendo cada vez mayor cantidad de sectores sociales, bien por la materialidad misma de las situaciones que acabamos de señalar (p. 47).

Como si esto fuera poco, es necesario señalar que las consecuencias más graves de esta sobreexplotación de los bienes comunes, como las guerras por recursos, las masivas migraciones, las hambrunas y enfermedades, tienen un impacto especialmente fuerte en las naciones más periféricas y dependientes del sistema capitalista, así como en los sectores más empobrecidos y marginalizados dentro de cada una de las naciones tanto centrales como periféricas (p. 102). De aquí la urgencia por desarrollar una perspectiva crítica sobre la cuestión medioambiental como un todo que incluye a las diferentes esferas trabajadas. La propuesta específica de Borón es la de combinar esta perspectiva ecológica con la perspectiva también crítica que supone el marxismo, y para ello se nutre de las reflexiones en torno al denominado "ecosocialismo". Vuelven aquí a aparecer las ideas de O'Connor (2001), junto a las de John Bellamy Foster (2000), Elmar Altvater (2002), Michael Löwy (2011), Kate Soper (1995) o William Leiss (1994), y, en el campo hispanoparlante, Manuel Sacristán Luzón (1987) y Enrique Leff (1994). Lo que estos referentes del ecosocialismo plantean es que la raíz del problema ecológico no se encuentra en el límite que impone la naturaleza, sino en el límite que impone la sociedad, más específicamente, la sociedad organizada en el modo de

producción capitalista; por ello, la única forma de superación de la crisis ecológica es mediante la superación del capitalismo (Borón, 2012: 105-106). En efecto, el problema de fondo no es el hecho de que el hombre utilice la naturaleza, porque esto es inevitable y ha sido siempre así, sino el modo específico en que ella se utiliza en el modo de producción actual, es decir, la escala y velocidad con que ella es degradada, así como la forma no equitativa en que sus frutos son repartidos bajo la lógica del capital y su "frenesí" consumista, que llevan a destruir en décadas ecosistemas creados a lo largo de miles y a veces de millones de años, y que sustentaron otras formas de vida humana durante milenios (p. 116).

En este marco, ¿qué lugar ocupan los gobiernos del autodenominado socialismo del siglo veintiuno? Los países que en las últimas décadas han transitado en una dirección pos-neoliberal, especialmente en la región latinoamericana, presentan un cariz ambiguo. Por un lado, las políticas redistributivas de estados nacionales como Bolivia y Ecuador implican cierto giro a la izquierda respecto de su matriz anterior; pero, al mismo tiempo, ellos presentan claras muestras de haber reforzado su impulso "extractivista". Esto se explica, siguiendo a Borón, porque, justamente por tratarse de países periféricos dentro del sistema capitalista mundial, ellos contaban con menos recursos para enfrentar la crisis, que en la región había comenzado ya en los primeros años del siglo veinte. Así, y producto de la anterior implantación del neoliberalismo en América Latina -por imposición de organismos internacionales-, que a su vez había implicado la desindustrialización y la reprimarización de sus economías, estos estados nacionales no han tenido muchas opciones más que redoblar su única fuente de valor, la explotación de materias primas, para poder generar el volumen de riqueza suficiente para poder repartirla de manera más equitativa que antes. Los altos precios actuales de los *commodities* en el mercado mundial señalan a estos países el extractivismo como el camino más fácil y rápido para producir crecimiento y distribución a la vez, en el contexto de su heredado endeudamiento y dependencia estructural respecto a los países dominantes (p. 118-120).

A nuestro parecer, es claro que, en el nivel de la práctica concreta, y específicamente de la economía, estos gobiernos no han podido aún ir más allá del capitalismo en su costado expoliador de la naturaleza, aunque sí han logrado dar pasos más allá de su modalidad neoliberal. Aunque es claro también que el deseo de trascender lo vigente se encuentra con obstáculos estructurales y sistémicos demasiado poderosos y arraigados. Sí creemos, en cambio, que en el plano teórico, e incluso en algunas prácticas a nivel cultural, los países que promulgan el socialismo del siglo veintiuno han generado avances importantes respecto de los modos organizativos hegemónicos. Es aquí donde se ubican aquellas reformulaciones e incluso críticas directas a la noción de "desarrollo" que múltiples movimientos en estas regiones han estado haciendo circular en el último tiempo. La idea es poner en duda la universalidad, la necesidad y la bondad del desarrollo tal como es entendido en las ciencias sociales así como en los organismos de gobierno nacionales e internacionales, y señalar su carácter predatorio de la naturaleza y que además nunca trae bienestar a los pueblos. Estas reformulaciones y críticas van desde la propuesta de patrones de desarrollo alternativos hasta la propuesta de dejar de lado todo objetivo de desarrollo. Todas ellas se nutren de diferentes pensadores marxistas, tanto latinoamericanos -Theotonio dos Santos (1993), Aníbal Quijano (1989), Agustín Cueva (1977) y Pablo González Casanova (2006)- como de otras partes del mundo -especialmente Samir Amin (2009) y André Gunder Frank (1978)-. Pero lo realmente novedoso es que algunas de estas reformulaciones y críticas se han visto plasmadas, en los últimos años, incluso en las Constituciones y en los Planes de Desarrollo de Bolivia y Ecuador (Estado Plurinacional de Bolivia, 2007; República de Ecuador, 2009; Borón, 2012:

136-137).

Queremos destacar varios puntos. Para empezar, que el hecho de que demandas sociales tan importantes hayan podido ser plasmadas en documentos oficiales de alcance nacional es un progreso indiscutible. A la vez, este progreso, por el momento, se restringe al plano discursivo, pues aún no logra modificar las formas concretas de organización de la producción. Por otro lado, como apunta Borón, tanto las reformulaciones como las críticas al desarrollo no logran, por sí mismas -y a pesar de que la razón está claramente de su lado-, resolver el cómo deberá, precisamente, organizarse la producción según esos "otros" paradigmas. Teniendo en cuenta la complejidad y el volumen de las sociedades contemporáneas, las reformulaciones y críticas deben ser lo menos "difusas" posibles y, por el contrario, plantear estrategias bien concretas (p. 150). Es que aquí se superponen varias líneas diferentes por su contenido y por su alcance, aunque ellas son potencialmente convergentes: el imperialismo, el capitalismo, el neoliberalismo, el desarrollo, y la búsqueda de la superación de uno, varios, o la totalidad de los mismos (p. 154).

Borón sostiene que no es deseable la destitución total del desarrollo como objetivo de la humanidad -aunque, obviamente, está de acuerdo con la necesidad de su reformulación-. De hecho, el autor llega a postular que quienes sí apuestan a su destitución, especialmente para los casos latinoamericanos, "se exceden en sus críticas", pues se instalan en posturas de "intransigencia dogmática" que son muestra de un "romanticismo político" que sólo puede desembocar en la "impotencia, la resignación y la claudicación" (p. 158; 205). No acordamos del todo con esta postura. Si bien es necesario, como dijimos antes, tener en cuenta las complejidades reales con las que se enfrentan los vectores de cambio, sobre todo en las regiones dependientes y periféricas como la nuestra, y si bien es imprescindible celebrar los avances que van emergiendo, aunque sean relativamente pequeños o se mantengan en el plano meramente discursivo, consideramos, al mismo tiempo, que la crítica radical es siempre necesaria como motor de la imaginación política, dado que es la encargada de postular los fines u objetivos últimos a los que la acción política debe apuntar. En este sentido, no existe tal cosa como el "exceso de crítica".

En lo que sí coincidimos con el autor es en que la defensa radical de los bienes colectivos -o naturaleza- sólo es verdaderamente coherente y consistente en términos lógicos y éticos con la crítica igualmente radical del capitalismo (p. 143). Y a su vez, todo esto sólo es coherente y consistente con una concepción radical de democracia, pues ella, en la forma actual de sus dispositivos e instituciones, resulta incapaz de resolver las crisis en la dirección del bienestar de los pueblos (p. 192). Es en este triple cruce en donde surgen las "esperanzas de nuevos pasos hacia el frente", en el marco de la situación crítica en que se encuentra el sistema actual (p. 157). Y es sobre ese triple cruce que es necesario teorizar, y teorizar críticamente, analizando relaciones de fuerza y prácticas emergentes, para poder hacer efectivos los elementos transformadores y emancipadores que van apareciendo, y para eludir los siempre potenciales sentimientos de resignación y desesperanza. Como decía Vladimir Lenin, "sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria". Y como dice Borón, "sólo una teoría que diga y muestre que otro mundo es posible persuadirá a las masas a actuar" (p. 160; 202).

Por último, también Enrique Elorza (2015) sugiere algunas líneas en un marco de reflexión parecido. En *Economía política en transición*, el autor busca devolver al pensamiento crítico la centralidad que se merece tanto en la universidad y la academia -en

especial en lo que refiere a la disciplina de la economía política- como en los distintos ámbitos del quehacer público y privado -en especial en lo que refiere a la planificación de la política económica- (Elorza, 2015: 13). Este movimiento de recuperación del pensamiento crítico se vuelve necesario toda vez que la economía política ha quedado subordinada a la hegemonía del capital bajo la forma del pensamiento neoclásico, despojándole a la disciplina lo que tenía de ciencia social y, con ello, de potencialidad para la construcción de sistemas alternativos. Ella ahora es simplemente "economía", una técnica de negocios cuyo objetivo es la maximización de rentabilidad, y es por ello que urge, especialmente dado el contexto de crisis mundial, volver a traer su enfoque crítico originario e intentar volverlo mayoritario, en los diferentes ámbitos recién mencionados. Sólo un movimiento así -contrahegemónico- puede llegar a reconducir al pensamiento hoy dominante hacia la búsqueda de la igualdad social, en un marco de respeto entre los hombres y con la naturaleza (p. 25).

El pensamiento crítico parte entonces de un enfoque integral e interdisciplinario, tanto al nivel del estudio-aprendizaje como de la planificación-ejecución. Además, él debe estar siempre inmerso en la realidad histórica cambiante, sus categorías deben partir de una observación minuciosa de los procesos reales, de estudios de caso y análisis de situaciones concretos, para que ese pensamiento crítico pueda llenarse de contenido, y para que se encuentre siempre vinculado a las luchas de cada momento (p. 26-29). Esto evitaría la muy frecuente caída, señalada por Héctor Castaño Salas (2006), de la crítica de la economía política en descripciones, explicaciones y propuestas puramente teórico-abstractas, incapaces de aprehender las relaciones de poder realmente existentes en sus matices históricos y geográficos (Elorza, 2015: 38). Entonces, como muestra Carlos Matus (1980), mientras que la economía hegemónica está orientada a su funcionalidad en el nivel "fenosituacional", es decir, a ser un mero instrumento de resolución de los fenómenos observables y por ello superficiales de la organización económica, la economía política contrahegemónica debería plantearse la comprensión de la organización económica de las sociedades a nivel "genosituacional", es decir, al nivel de las causas profundas y sistémicas de los fenómenos observables (Elorza, 2015: 35). Una economía política contrahegemónica, así entendida, sería crítica en tanto echaría luz sobre las complejidades de la actual globalización capitalista, al hacer retroceder la influencia que el pensamiento y el accionar neoliberales tienen aún hoy en el plano institucional de los más diversos ámbitos sociales: la política, la economía, pero también, la cultura (p. 37). Sólo a partir de un análisis crítico así entendido se podrán ir instalando, en las agendas nacionales, regionales, provinciales y municipales, "ideas-acción" que contrapesen las políticas económicas vigentes (p. 3).

Elorza muestra cómo el pensamiento neoliberal vigente debe actualmente disputar espacios de conocimientos y prácticas con el pensamiento del "buen vivir", nombre bajo el cual se reúnen las orientaciones de las nuevas transformaciones ya mencionadas acaecidas recientemente en Bolivia y Ecuador, sobre todo. Pero este pensamiento del "buen vivir" es, a su vez, heredero del pensamiento crítico latinoamericano de las décadas del 50 y el 60. Así, autores como Ruy Mauro Marini (2008), Vania Bambirra (1999) y Cueva (1977), desde una perspectiva marxista y dependentista, nos explican las características específicas del desarrollo del capitalismo "en general" en sus conexiones íntimas con el desarrollo del capitalismo latinoamericano, señalando cómo "más desarrollo" no resuelve las contradicciones ni las crisis del capitalismo, sino que las agrava, especialmente en las regiones periféricas (Elorza, 2015: 41-43). Ellos rescatan el hecho histórico del colonialismo incorporándolo como parte fundamental de la explicación de los límites al desarrollo latinoamericano, haciendo visible e historizando lo que la ciencia económica hegemónica

considera un detalle menor o un hecho natural (Elorza, 2015: 48). Esto permite, a su vez, cuestionar la idea más o menos generalizada, entre cierto pensamiento latinoamericano, de que las crisis en los países centrales son una oportunidad para el auge inmediato de los países periféricos, por ejemplo, a través del desarrollo industrial; estos autores muestran en cambio cómo la tendencia del capitalismo es, más bien, a la transferencia de los costos de sus crisis de las áreas metropolitanas a las dependientes (p. 50). En efecto, las crisis del capitalismo no hacen sino profundizar la desnacionalización de las economías y su consecuente centralización en uno o varios polos de poder a nivel mundial (p. 52). Y es la recuperación de este tipo de evidencias históricas que las propuestas actuales en torno al "buen vivir" pretenden hacer extensa a sus sociedades.

Algunos de los espacios recientes en los cuales toma forma esta preocupación por la recuperación de las prácticas y teorías críticas son académicos, como las jornadas de debates y seminarios internacionales constituidos en torno a estudios y lecturas colaborativos y a producciones editoriales colectivas, en cuyo seno se suele tomar posición pública respecto a las crisis mundiales y a las resistencias populares. Estos núcleos de pensamiento crítico buscan hacer visible las subjetividades ya existentes pero aún marginales que efectivamente cuestionan la supuesta naturalidad de un modelo de organización que no sólo no genera bienestar, estabilidad y sustentabilidad, sino que además acarrea altísimos costos humanos (p. 56-58). Como afirma Edgardo Lander (2013), el patrón civilizatorio "antropocéntrico, monocultural y patriarcal", basado en las pautas de "crecimiento sin fin" y de "guerra sistemática contra la vida", se encuentra, por todo aquello, en "crisis terminal". Precisamente, otra serie de estudios, enmarcados en una corriente de pensamiento similar a la que venimos desplegando, se preocupa no ya por el estudio crítico del cruce entre la economía y la ecología, sino por el del cruce entre la economía y la cuestión de género. En ambos casos, la idea de bienestar general y popular resulta central, así como el interés en formas de desarrollo alternativas y la localización periférica del conocimiento en el marco de los procesos globalizadores y las coyunturas de crisis, pero en la segunda el foco está puesto en la particular situación de las mujeres respecto de estos puntos. Dos de las referentes centrales de dicho paradigma son Lourdes Benería (2003) y Martha Roldán (2000).

Por todo lo desplegado hasta aquí queda expuesta la urgencia de la construcción de un pensamiento crítico que pueda analizar dicha crisis en todas sus dimensiones, buscando construir un nuevo tipo de vínculo entre los hombres y mujeres y entre ellos y la naturaleza, como proponen las perspectivas del "buen vivir", especialmente vigentes en Bolivia y Ecuador (Elorza, 2015: 66-69). El objetivo entonces es "poner en diálogo" el pensamiento crítico tanto de ayer como de hoy, volviéndolo hegemónico especialmente en la economía política y en la política económica, de modo que las prácticas sociales de resistencia nutran las propias categorías teóricas de análisis de la realidad y la construcción del futuro (p. 70). Para alcanzar este objetivo, como dice Matus (1980), es preciso concentrarse más en las dimensiones de la imaginación y de la orientación del proceso, que en la dimensión de su velocidad. Y como dice Elorza (2015), la transición hacia dicho objetivo no sólo pone en tensión a la realidad neoliberal, sino también al propio pensamiento crítico, que deberá ir conviviendo con -y resolviendo- los problemas que vayan surgiendo día a día (p. 77).

Conclusiones

Retomando lo ya dicho, y poniéndolo en palabras de otro autor no latinoamericano pero sí latinoamericanista como es Boaventura de Sousa Santos (2002), acordamos con su

afirmación, hecha en *Producir para vivir*, de que la historia del capitalismo es también la historia de las luchas de resistencia -en el plano de la práctica- y de las reflexiones críticas -en el plano de la teoría- frente a dicho capitalismo. Porque así como la modernidad en la que vivimos es indisociable de ese modo de producción, también forma parte de la modernidad el conjunto de las formas de vida alternativas al mismo, sean ellas alternativas ya puestas en práctica, con diversos resultados, o por el momento solamente pensadas. En efecto, la modernidad implica dominación -de los hombres, pero también y de manera novedosa, de la naturaleza-, pero también se define por su "promesa de emancipación". Y son justamente los momentos de crisis del capitalismo moderno los que llevan a pensar y a poner en práctica modos de vida alternativos, o como las denomina el autor, "rutas" hacia sociabilidades diferentes (Santos y Rodríguez, 2002: 33-35). En este sentido, la clave del pensamiento y de la práctica críticas se funda en la afirmación de que lo real no se reduce a lo que existe, sino que lo que existe puede ser realmente trascendido. Queda así justificada la necesidad del estudio de las alternativas anticapitalistas, de esa "hermenéutica de las emergencias" de la que este trabajo supone sólo un comienzo. Desde la perspectiva aquí propuesta, el análisis de dichas rutas busca, por un lado, clarificar y sistematizar las propuestas teóricas y prácticas de resistencia, pero también, por otro, distinguir entre sus elementos efectivamente emancipadores y aquellos que no lo son tanto. En otras palabras, adopta una perspectiva crítica incluso sobre las teorías y prácticas críticas. El objetivo principal de esta hermenéutica es fortalecer las propuestas populares, de modo que su potencial superador no se pierda debajo de otros elementos. Así, pudimos ver que el pensamiento y la práctica de resistencia suponen tres críticas analíticamente diferenciables al capitalismo: a) una crítica a la desigualdad (de recursos económicos y políticos); b) una crítica a la competencia (como base de la sociabilidad); y c) una crítica a la destrucción (de la naturaleza, aunque también de algunas formas de vida humana). Por ello, las rutas hacia la superación del capitalismo proponen: a) formas más equitativas de distribución; b) la recuperación de formas de solidaridad entre los hombres; y c) formas más sustentables del uso de los bienes naturales. Por supuesto, resulta difícil imaginar la factibilidad de una superación "de un solo golpe" de la totalidad del modo de producción. Lo importante es pensar y poner en práctica relaciones entre los hombres y entre ellos y la naturaleza que vayan dificultando, de manera creciente, su reproducción hegemónica. En este sentido, la dicotomía entre reforma y revolución se transmuta en la sugerencia de llevar a cabo "reformas revolucionarias", es decir, iniciativas parciales pero de espíritu anticapitalista (p. 38-43).

Por último, quisiéramos retomar algunos aportes de Erik Olin Wright, uno de los autores que más ha reflexionado, desde una perspectiva marxista heterodoxa, sobre las posibilidades y las formas concretas de trascendencia del capitalismo, en conexión con lo trabajado hasta aquí. En *Los futuros del capitalismo*, habla de "formas sociales de transición" para referir a la cuestión antedicha de que el cambio entre modos de producción no puede ser de un día para otro ni al cien por ciento (Wright, 2010: 166). Así, no podemos hablar ya de un futuro sino de múltiples posibles "futuros" del capitalismo, ninguno de los cuales está del todo predeterminado, ni como necesidad histórica ni como proyecto totalmente planificado de antemano (p. 174). Cuál o cuáles de esos futuros devengan efectivos dependerá entonces, por supuesto y por un lado, de las realidades estructurales existentes, pero por otro, también, de las "estrategias" pensadas y llevadas a cabo por los diversos actores sociales. Tanto la estructura como la acción, en su compenetración mutua, irán definiendo las "trayectorias" del capitalismo. Esto implica que la superación del modo de producción no depende ni de un "destino" ineluctable, ni de la pura "voluntad" de los hombres, inscrita en sus críticas teóricas y prácticas a la realidad existente (p. 216-217). Así también, en *Los puntos de la brújula*,

Wright afirma que una "crítica sinóptica" del capitalismo debe afrontar tres tareas: a) elaborar un diagnóstico del mundo existente; b) analizar las alternativas propuestas; y c) analizar los obstáculos y dilemas que se interponen en su realización. La primera tarea, que corresponde al momento de la crítica propiamente dicha, es indisociable de una postura "normativa", es decir, que el punto de vista de las ciencias sociales, desde el cual se realiza el diagnóstico, no es neutral sino comprometido y valorativo, pues implica un "juicio moral" (Wright, 2006: 81-83). La segunda tarea, a su vez, resulta fundamental pues permite a los hombres en general y a los científicos sociales y grupos de resistencia en particular estar especialmente alertas a los procesos de "ampliación de lo posible", ampliación que a su vez se retroalimenta con las reflexiones teóricas y las prácticas populares que van emergiendo. Entonces, si el momento crítico nos dice por qué queremos cambiar el mundo, el momento teórico nos sugiere hacia dónde lo queremos cambiar. Finalmente, la tercera tarea es la encargada de definir de qué modo es posible realizar el cambio deseado (p. 85-86). En este trabajo hemos avanzado principalmente en la primera tarea, y apenas en la segunda y tercera, que quedan pendientes para el futuro, además de que obviamente nos trascienden. Mientras tanto, sostenemos, junto a Wright, que "Pensar sistemáticamente sobre las alternativas emancipadoras es un elemento del proceso por el que se pueden ampliar los límites de lo posible. Lo que por el momento parece únicamente lejanas visiones de un cambio viable puede convertirse quizás en proyectos políticos coherentes" (p. 109).

Bibliografía

Aguilar, Paula; Fiuza, Pilar; Glozman, Mara; Grondona, Ana y Pryluka, Pablo (2015): "Hacia una genealogía del buen vivir. Contribuciones desde el análisis materialista del discurso", en *Revista Theomai*, No. 32, 96-127.

Altvater, Elmar (2002): *Las limitaciones de la globalización. Economía, ecología y políticas de la globalización*, Siglo XXI, México.

Amin, Samir (2009): *La crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis*, El Viejo Topo, Barcelona.

Bambirra, Vania (1999): *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo XXI, México.

Bellamy Foster, John (2000): *Marx's ecology. Materialism and nature*, Monthly Review, Nueva York.

Benería, Lourdes (2003): *Gender, development and globalization. Economics as if all people mattered*, Routledge, Nueva York.

Borón, Atilio (2012): *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, Luxemburg, Buenos Aires.

Castaño Salas, Héctor (2006): *Neoliberalismo monetarista. La hegemonía del capital*, Félix Varela, La Habana.

Cueva, Agustín (1977): *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México.

Dos Santos, Theotonio (1993): *Economía mundial, integração regional e desenvolvimento*

sustentável, Vozes, Petrópolis.

Elorza, Enrique (2015): *Economía política en transición. Ir hacia una mesa servida para todos en Nuestramérica*, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Buenos Aires.

Estado Plurinacional de Bolivia (2007): *Plan nacional de desarrollo. Bolivia digna, soberana, productiva y democrática para vivir bien. Lineamientos estratégicos 2006-2011*, Gacetilla Oficial de Bolivia, La Paz.

Gambina, Julio C. (2013): *Crisis del capital 2007/2012. La crisis capitalista contemporánea y el debate sobre las alternativas*, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Buenos Aires.

González Casanova, Pablo (2006): *Sociología de la explotación*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

Gunder Frank, André (1978): *Crítica y anticrítica. Ensayos sobre la dependencia y el reformismo*, Zero, Bilbao.

Harvey, David (2010): *El enigma del capital y la crisis del capitalismo*, Akal, Madrid.

Quijano, Aníbal (1989): *Identidad y utopía en América Latina*, El Conejo, Quito.

Lander, Edgardo (2013): "Con el tiempo contado. Crisis civilizatoria, límites del planeta, asaltos a la democracia y pueblos en resistencia", en M. Lang, C. López y A. Santillana (comps.), *Alternativas al capitalismo del siglo XXI*, Abya Yala, Quito.

Leff, Enrique (1994): *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, Siglo XXI, México.

Leiss, William (1994): *The domination of nature*, McGill-Queen's University, Montreal.

Löwy, Michael (2011): *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Herramienta, Buenos Aires.

Marini, Ruy Mauro (2008): *Dialéctica de la dependencia*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Bogotá.

Marx, Karl (2000): *El capital. Crítica de la economía política*, Akal, Madrid.

Matus, Carlos (1980): *Planificación de situaciones*, Fondo de Cultura Económica, México.

O'Connor, James (2001): *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*, Siglo XXI, México.

Plá, Alberto J. (1972): *Ideología y método en la historiografía argentina*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Plá, Alberto J. (1979): *Modo de producción asiático y las formaciones económico-sociales inca y azteca*, El Caballito, México.

Plá, Alberto J. (1980): *La historia y su método*, Fontamara, Barcelona.

Plá, Alberto J. (1988): *Historia y socialismo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Plá, Alberto J. (2001): *América Latina: mundialización y crisis*, Homo Sapiens, Buenos Aires.

República de Ecuador (2009): *Plan nacional para el buen vivir de Ecuador: construyendo un estado plurinacional e intercultural*, Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo, Quito.

Roldán, Martha (2000): *¿Globalización o mundialización? Teoría y práctica de procesos productivos y asimetrías de género*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Sacristán Luzón, Manuel (1987): *Pacifismo, ecología y políticas alternativas*, Icaria, Barcelona.

Soper, Kate (1995): *What is nature? Culture, politics and the non-human*, Blackwell, Oxford.

Sousa Santos, Boaventura y Rodríguez, Carlos (2002): *Produzir para viver: os caminhos da produção não capitalista*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro.

Wright, Erik Olin (2006): "Compass points. Toward a socialist alternative", en *New Left Review*, No. 41.

Wright, Erik Olin (2010): "Los futuros del capitalismo: una reconceptualización de los modos de producción pos-capitalistas", en *Preguntas a la desigualdad: ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*, Universidad del Rosario, Bogotá.